

RASGOS SEMÁNTICOS NACIONALES

Al maestro, Don Ramón MENÉNDEZ PIDAL,
dedica sus artículos de este tomo

EL AUTOR.

El estudioso de nuestro tiempo que no quiere resignarse a la repetición de lo que otros ya han hallado, labor tristemente estéril si la falta de novedad le queda inadvertida, y, si obra a sabiendas, labor esterilizante a la larga y disminuidora de su personalidad, se ve obligado a una especialización cada vez más estrecha por la mole enorme y de día en día más heterogénea de los conocimientos que la ciencia ha ido almacenando en su rama, conocimientos cuya adquisición previa le exige su voluntad de investigación original. En estas condiciones, si al mismo tiempo le duele aislarse de la masa de lectores cultos, es víctima de una preocupación que llega a ser angustiosa. ¿Cómo lograr — piensa — que mis investigaciones, más y más minuciosas y abstractas, no rompan el hilo precioso del contacto con el amplio interés humano, con la sed de saber de la gente instruída? Si transijo haciendo menos arduos mis temas de estudio, me alejo del ideal científico; si no cejo en mi afán de elevación ininterrumpida, todo lo que yo hago toma el aspecto de una cábala árida e impenetrable para los que viven conmigo. No hay más remedio que resignarse a esto último, pero queda una salida: cultivar de preferencia aquellos temas que, por su misma índole, permanecen más cerca del interés general.

Para el estudioso de Lingüística, hacerlo así es, sin embargo, mucho más difícil que para el de Literatura o de Filosofía o de Historia, materias que se hallan más hacia el primer plano mental de las personas cultas. La lengua está también en ese primer plano mental; la lengua sí, pero no su estudio científico. Al contrario, pocas ciencias como la Lingüística sufren tanto en su pureza doctrinal al ser miradas con ojos

profanos. Y la explicación está precisamente en la importancia primordial del lenguaje dentro de la vida práctica; forzados por ésta a servirnos de él a cada instante con un fin meramente utilitario: dar expresión a nuestras ideas y sentimientos, ¡cuán difícil se nos hace desprendernos de los hábitos adquiridos en esa actividad continua y contemplarlo desde un punto de vista analítico y escrutador!

No obstante, en el ámbito de las ciencias lingüísticas, hay una que sin renunciar en nada a los postulados del método más exigente, conserva a menudo interés para amplios sectores del público. Me refiero a aquella que se dedica al estudio del significado de las palabras tomadas individualmente, a la Semántica, y en particular a las indicaciones que ella nos suministra sobre el pasado de los pueblos, tanto en lo relativo al ambiente externo en que han vivido, como a los rasgos íntimos y eternos de su carácter nacional. La semántica nos proporciona sobre el carácter nacional, sobre las afinidades y diferencias entre los varios caracteres nacionales, y sobre las condiciones históricas en que cada nación se ha desenvuelto, indicaciones, si no muy claras para todos, por lo menos completamente propias e inéditas.

Existen hechos prehistóricos de los cuales ni siquiera barrruntos tendríamos a no ser por el estudio científico de la lengua. Encuéntrase en este caso la existencia misma de uno de los pueblos de importancia más trascendental para el destino del hombre, el pueblo indoeuropeo, ese pueblo que elaboró la lengua de donde han salido casi todas las grandes lenguas de civilización del mundo, el griego, el latín, con el castellano, el francés y el italiano, el alemán y el inglés, el ruso, el zend y el persa, el sánscrito y las lenguas actuales de la India, en una palabra todos los grandes idiomas modernos con las únicas excepciones del chino, el japonés y el árabe. Pues de ese pueblo, al que la civilización occidental debe todos sus órganos de expresión y con ellos los módulos de su pensamiento, de ese pueblo cuya existencia ni siquiera sospecharíamos por la historia, lo único que se ha podido averiguar se ha hecho por medio del estudio etimológico y semántico de las palabras. De las palabras comunes al conjunto de las lenguas indoeuropeas y atribuibles por lo tanto a la lengua madre común. El tener la

lengua común indoeuropea un vocablo para denominar cierto objeto implica necesariamente que ese objeto era conocido del pueblo que hablaba aquella lengua.

Así se ha podido llegar a un conocimiento aproximado de la localización geográfica de los indoeuropeos, su patria, y de la época en que vivieron. Es bien sabido cómo de la existencia de palabras para denominar el mar, ciertos árboles y cereales propios de países fríos, ciertos metales como el bronce, el oro y la plata, y ciertas actividades como la labranza; y de la ausencia de otras, como los nombres de los actos e instrumentos de la navegación, las plantas de climas templados y algunos metales como el hierro, se ha podido deducir que los indoeuropeos vivieron al Este de Europa, en una región fría, alejada del mar pero no tanto que los que la habitaban ignoraran su existencia, y en la Edad del Bronce, en un momento en que allí ya se conocía la agricultura.

En cuanto a las épocas históricas, el sentido que toman las palabras en sus cambios de significado subraya circunstancias y aporta preciosas confirmaciones de hechos que ya conocemos por la tradición escrita. El nombre indoeuropeo de lo que en castellano llamamos 'camino' o 'senda' nos ofrece aquí un ejemplo instructivo. Este nombre, que sonaría *ponthos* o algo parecido, se conserva con su significado propio, 'camino', en varias lenguas, entre otras en sánscrito y en las lenguas eslavas. Para los indos y eslavos, pueblos eminentemente continentales, habitantes de vastas regiones esteparias o selvosas, el camino era algo demasiado importante para que pudieran olvidar su nombre o alterar el sentido que éste tenía. No ocurría lo mismo con los griegos y latinos, ocupantes de penínsulas poco dilatadas, y ellos dieron en efecto otro valor a la misma palabra. Ahora bien el nuevo valor es revelador de las condiciones históricas en que vivieron los pueblos griego y latino.

Habitaban los griegos el extremo Sur de una estrecha península, profundamente recortada y penetrada por golfos, canales y entradas de mar; se extendían además por varios archipiélagos de menudas islas, y se alargaban en una serie intermitente de colonias costeras a lo largo del litoral de Europa y Asia Menor, desde el fondo del Mar Negro, pasando por Jonia y el Sur de Italia, hasta la Península Ibérica. Las líneas

de comunicación de imperio tan inmenso y desperdigado no fueron nunca terrestres: el único vínculo era el mar. La patria común de los helenos era el Mar Mediterráneo, como muy justamente dice, a propósito de otras cuestiones, Meillet en su Historia de la Lengua Griega. A los griegos, que ocupaban zonas discontinuas, la tierra los separaba y la mar los unía. Así vemos por qué el nombre indoeuropeo del 'camino', en sánscrito *pánthah*, en ruso *put*, en eslavón *puti*, lo emplearon los griegos para nombrar el mar: *πόντος* en griego.

Numerosas son las voces griegas que nos recuerdan con su significado el carácter eminentemente marítimo de su civilización. La palabra que entre ellos significó 'gobernar a los hombres', *κυβερνᾶν*, no es más —observa Meillet— que una aplicación metafórica del verbo que propiamente quería decir 'conducir una nave', y tanto arraigó aquella metáfora que de ellos la han copiado casi todas las lenguas de Occidente, entre ellas nuestro castellano con *gobernar*. Los caminos del mar eran pues sus *caminos húmedos* como cantaba Homero, sus *pasajes salobres* (1) como decía Esquilo.

El mismo vocablo que ahí emplea Esquilo, *πόρος*, 'pasaje', encierra otra metáfora náutica que justamente evoca otro rasgo del carácter griego, bien conocido de todos: su ingeniosidad y astucia, su habilidad para encontrar expedientes o recursos (*πόροι*, en griego) en las tormentas de la vida. Pues bien, *πόρος* era propiamente un paso de mar, un estrecho, acepción conservada junto a la otra, en particular en el nombre del *Bósforo*, *Βόσπορος* en la lengua original, es decir 'paso del buey (*βοῦς*)', así llamado en memoria de que por allí escapó metamorfoseada en vaca por los celos de la esposa de Zeus. Todo heleno tenía algo del genio de Ulises en lo de saber salir del paso con recursos o estratagemas, que eran para él como abertura o paso de mar para el navegante que va costeando. Y muchas son las voces que derivan de *πόρος* en su acepción figurada: 'ingenioso' se dice *πόρμιος*, *πορίζειν* es 'proporcionar', 'imposible' o 'difícil' es *ἄπορος*, como si dijéramos impracti-

(1) Ἐνάλιοι πόροι, *Persas*, 453. Los ὑγρά κέλευθα de la *Odisea* son muy conocidos.

cable, sin salida, 'tropiezo' o 'apuro' es ἀπορία, 'estar perplejo' ἀπορεῖν¹.

Para el griego de la baja época, navegante como siempre, el 'peligro' por excelencia lo entrañaba el escollo o arrecife, οἰζύκον en griego², que para ellos acabó por ser sinónimo de peligro, y con este sentido perdura en romance: it. *risico*, fr. *risque*, cast. *riesgo*.

Si los griegos, el pueblo navegante, vieron su principal camino en el mar, los romanos, a orillas del Tíber, lo encontraron en un puente, que eso es lo que vino a significar en latín el nombre indoeuropeo del 'camino': *ponthos*. Por este puente del Tíber pasaba la principal vía de comunicación entre el Sur y el Norte de Italia, y allí se habían hallado siempre las mayores dificultades de paso de todo el trayecto. Punto tan importante del camino lo identificó la lengua con el camino mismo y lo llamó *pons*, *pontis*, de donde pasó esta voz a designar un puente cualquiera³. A este puente lo debió Roma todo, aun su existencia, pues para saquear a los comerciantes que lo trasponían fundó Rómulo con sus bandidos la ciudadela del Monte Palatino de donde había de salir la Urbe. Con razón escribió Víctor Bérard que la historia de Roma es la historia de un puente. Posteriormente, y ahí vemos la importancia del puente para los romanos, se creó un funcionario expreso para cuidar de la conservación del puente, el *pontifex* y él fué una de las primeras autoridades de Roma, autoridad tan destacada que su nombre se ha conservado en la Roma eterna, ya olvidado de su misión originaria, para nombrar al Sumo Pontífice.

La lengua latina está llena de cambios de significado reveladores de rasgos fisonómicos del pueblo que la hablaba. Siendo el objeto principal de este trabajo el castellano, no voy a recordar más que otros dos, bien conocidos. La economía de la Roma arcaica, economía eminentemente rústica, queda este-

¹ Aprovecho, enriqueciéndola con más ejemplos, la explicación del doble sentido de πόρος bien conocida desde el tiempo de BRÉAL, *Essai de Sémantique*, ed. 1924, p. 129.

² De ahí también, pero sin metáfora en el sentido, el castellano *risco*.

³ Facilitó el cambio el que los caminos en las regiones palustres — abundantes en el Lacio —, debían ser cubiertos con maderos (cf. ME-RINGER, *W. u. S.*, 1, 192-9).

reotipada en el nombre que dieron los romanos al 'dinero', *pecunia*, derivado de *pecus*, que vale 'ganado' 'res'; tal nombre nos retrotrae a un momento en que las transacciones comerciales se liquidaban en moneda de cuatro patas. Más adelante lo jurídico ocupó un puesto de honor en la civilización romana, y la concepción sagrada y rectilínea que del derecho tuvieron los romanos se refleja admirablemente en el nombre que se dió a lo conforme a la ley. El latín vulgar y, siguiendo sus huellas, los romances y muchas lenguas de Europa, lo llamaron *derecho*, francés *droit*, *right* en inglés, *Recht* en alemán, *právo* en ruso ¹, como si dijéramos 'lo recto'; mientras lo contrario a la justicia se llamó *entuerto*, francés *tort*, inglés *wrong* (de la familia de *to wring*), que importan lo mismo que 'torcido'.

*

* *

Para los griegos, pues, el 'camino' por excelencia fué la mar, para los latinos fué un puente. Y para los argentinos, ¿cuál ha sido el gran camino? Yo diría que aquí este gran camino fué el Océano. Me refiero a la colonia primitiva. Inmensas las distancias terrestres; los vehículos, rudimentarios; las comunicaciones, constantemente amenazadas por los indios, los

¹ Además de este significado varias lenguas han desarrollado el de 'derecho (opuesto a izquierdo)', proliferación semántica más moderna puesto que ya no la conocen ciertas lenguas, como el italiano. El ruso no posee actualmente más que los dos sentidos secundarios ('derecho = lo legal' y 'opuesto a izquierdo'), si bien los derivados *právit* 'corregir' y *právilnyj* 'correcto' se aproximan algo más a la acepción 'derecho (=recto)', que en ruso ha sido asumida por otra palabra, *prjámyj*; pero ciertos derivados con prefijo, como *vyprávit* y *rasprávit*, que significan todavía 'enderezar', conservan hasta hoy aquel sentido originario, vivo aún en el eslavón *pravŭ*, que viene traducido "gerade, recht" (WALDE, *Lat. Etym. Wb.*, s.v. *pravus*). El opuesto *viná* 'culpa, entuerto', junto a *vit* 'torcer', parece ofrecer un paralelo semántico con *entuerto*, pero no es seguro: aunque algunos lo relacionan con el lat. *uitium* (V. WALDE, s. v.), que a su vez puede pertenecer a la familia de lat. *uieo*, esl. *vit*, otros le buscan una etimología muy distinta (WALDE, s.v. *uenor*). En cuanto al griego antiguo, ὀρθός vale 'recto' y 'justo, correcto', pero la aplicación específicamente jurídica, característica de las lenguas sometidas al influjo romano, falta allí.

habitantes del antiguo Buenos Aires se preocupaban relativamente poco del interior y todo lo esperaban de allende el mar: de allá venían las noticias, las mercaderías más importantes, los empleos y las disposiciones del gobierno superior, los libros y toda la vida espiritual, en fin todo lo que los unía a la civilización de que habían salido y a la que aún se sentían ligados. Algo de lo mismo debía de ocurrir en el resto de América. La llegada de la flota procedente de España sería el gran acontecimiento, y en particular para los que todo lo esperaban de más allá de su esfuerzo personal, para los jactanciosos y embrollones, como dice Rufino José Cuervo, éste sería el gran tema de conversación. Con ello relacionaba el filólogo colombiano la acepción que tiene en su país la frase *echar flotas*, equivalente de 'lanzar bravatas' o 'baladronadas', en tanto que *flotante* es allí el fanfarrón ¹.

Ahora bien, dentro de este orden de ideas hallo yo la explicación del valor peculiar que han tomado en la Argentina ciertos vocablos castellanos. *Arribar* en la lengua común es únicamente 'llegar por mar' 'llegar en barco', mas aquí se aplica a toda clase de llegadas, por mar o por tierra, seguramente en reminiscencia del tiempo en que los *arribos* de buques eran la más importante y casi la única de las llegadas posibles ².

Otra particularidad idiomática podría explicarse análogamente. Refiérome al gran uso que aquí se hace del adverbio *acá*. En un tiempo en que la oposición o contraste entre lo que pasaba en España y lo de más acá del Océano tenía tal im-

¹ *Apuntaciones*, § 686.

² Convendría documentar la antigüedad de los usos que estudiamos. Pero faltando en América diccionarios históricos sólo podré plantar aquí y allá algunos jalones. El más antiguo que tengo de *arribo* por 'llegada' no pasa de 1845 (SARMIENTO, *Facundo*, cap. IX, p. 219 de la ed. Losada). Claro está que se trata de algo que viene de mucho más lejos. CUERVO, *Dicc. de Constr. y Régimen*, reúne algunos ejemplos españoles de *arribar* por 'llegar', pero dejando aparte los figurados, donde se puede suponer que la metáfora tiene origen marítimo, todos los demás (β , α y β) están en verso y pueden hallarse condicionados por la medida o la eufonía. Lo mismo en los reunidos por el *Dicc. Histórico* de la Academia (acepción n.º 3), con excepción de un ejemplo medieval de Cortes, acaso dialectal.

portancia psicológica, había muchas ocasiones y muy importantes de servirse de los dos adverbios *acá* y *allá*. ¿Qué tiene pues de extraño que los porteños hayan extendido el uso del adverbio *acá* a los casos en que un español, otro americano y aun un argentino del interior emplearían no *acá* sino *aquí*? No sólo se dice *ven acá, más acá, lo que ocurre acá en América*, y frases parecidas, sino todo esto y además *acá en mi lugar, acá tiene la plata* y así sucesivamente. Y es que en el momento histórico que tomamos como punto de partida de nuestras particularidades había muchas ocasiones de oponer los conceptos de *acá*, en América, a *allá*, en Europa ¹, y no tantas y sobre todo menos importantes, menos trascendentes psicológicamente eran las que se ofrecían de poner en contraste *aquí*, es decir en Buenos Aires, a *allí*, en Salta, por ejemplo. Hallo una confirmación de mi modo de ver en el hecho de que el abuso de *acá* es característico del habla de Buenos Aires, que es donde era más activo el contacto con Ultramar. Claro está que de Buenos Aires el uso ha irradiado poco a poco a los demás ambientes urbanos del país, pero el habla campera sigue prefiriendo el uso de *aquí* ². Habría que ahondar más el problema, antes de dar en firme esta explicación, estudiando en su conjunto el empleo de *acá* y *aquí* en

¹ El empleo de *acá* y *allá* para denotar la oposición entre el Viejo y el Nuevo Mundo es muy clásico. Tomo dos ejemplos al azar:

El que navega a las Indias, de las agujas que lleva y de los alfileres y de otras cosas de este jaez, que *acá* valen poco, y los indios las estiman en mucho, trae rico oro y piedras preciosas (Fr. Luis de LEÓN, *Perf. casada*, "Bibl. Rivadeneyra", XXXVIII, 222b)

Solicitó que se proveyese en él alguno de los empleos vacantes en Indias, y el despacho que tuvo su demanda fué que buscase por *acá* en qué se le hiciese merced (QUINTANA, *Cervantes*, "Rivad.", XIX, 91a)

² Cf. TISCORNIA, *La lengua de Martín Fierro*, p. 196: "El texto (de *Martín Fierro*) no ofrece la forma *acá*; la idea propia de este adverbio es siempre expresada por *aquí*, que es la forma más general en el gauchesco. En el lenguaje popular y familiar de Buenos Aires, en cambio, *acá* es hoy de uso casi exclusivo". En Mendoza mismo ambos son muy usados y como perfectos sinónimos, pero no bien se sale al campo, *aquí* se oye mucho más y es fácil notar que subsiste el matiz distintivo.

España y América y en el español precolombino, y comparándolo con el de *allá-ahí*. Me falta espacio para ello pero me interesa dejar la cuestión planteada.

Lo dicho me lleva a un tema que otros ya han apuntado pero que se presta a mucho mayor desarrollo. Entre los conquistadores de América abundó la gente de mar, pues muchos colonizadores eran reclutados entre los habitantes de los puertos y de las provincias costeras de España, y los demás se hicieron al vocabulario de los marinos en los largos días que consumían atravesando una y más veces el Océano. También aquí hay que contar por otra parte con el factor psicológico; mucho tiempo pasaban en las largas travesías, pero este tiempo era además muy importante y llamativo para la imaginación: el futuro americano, en cuanto se embarcaba, comenzaba una vida nueva y empezaba a pensar en ella y a prepararse para ella. La primera etapa de la nueva vida la constituía el viaje por mar, y esa primera etapa la había de recordar vivamente en el resto de su existencia, acá en América. Los modos de decir allí aprendidos habían de influir siempre más en su habla y en la de sus descendientes. He aquí por qué tantos términos que en el primitivo castellano de España eran privativos de la gente de mar se hallan en el Nuevo Mundo en boca de todos, aun de los que viven muchos centenares de kilómetros tierra adentro, aun de los que en su vida han visto el mar ni esperan verlo.

Varios nombres de accidentes topográficos marinos han pasado aquí a la orografía continental, han venido a significar accidentes del terreno de la pampa o de la cordillera. *Playa* ya no es un trozo de costa llana y arenosa sino cualquier paraje abierto, llano y desembarazado, como las explanadas frente a la puerta de los ranchos o a la boca de las vizcacheras, las que sirven para un rodeo de ganado, etc. ¹; y tan vivaz es la

¹ Véanse ejemplos en Ciro BAYO y en el Vocabulario de la edición de *Martin Fierro* por TISCORNIA. No lo encuentro en diccionarios de americanismos no argentinos, como el peruano de JUAN DE ARONA o el chileno de ROMÁN (en éste sólo *playa infantil* 'montón de arena que se pone en las plazas y otros sitios públicos para que jueguen los niños de poca edad', que parece independiente de la acepción argentina). MALARET sólo lo da como argentino y boliviano. El cast. *explayar* tiene

nueva acepción que de ella se ha sacado el adjetivo *playo*, -a 'plano' (*plato playo*, *depresión de bordes playos*) y el sustantivo *desplayado* 'descampado, por oposición a lo montuoso o a lo cubierto de vegetación' ¹. *Abra* ya no es una bahía o puerto de refugio sino un valle entre altos cerros ². *Faraullón*, que en España no es más que un 'peñasco aislado en el mar', algo intermedio entre escollo e islote, y es voz sobre todo de la costa oriental, corre en la Argentina, por lo

al parecer como base la acepción argentina pero lo más probable es que sea mera coincidencia.

¹ *Desplayado de San Ignacio*, cerca de Mercedes, San Luis, donde tuvo lugar una batalla.

² Ya en la Historia de Chile de Miguel de OLIVARES (a.1738), con referencia a Cuyo: "El río Tunuyán, que naciendo entre las cordilleras y corriendo por un *abra* de norte a sur entre dichas sierras..." (MEDINA, *Historiadores de Chile*, IV, 24); y en Woodbine PARISH "La sierra del Tandil se abate... hasta ser cortada por un ancho valle... prolongándose dicho valle o *abra* por una distancia como de catorce leguas" (*Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires 1853, I, 306). GARZÓN cita otro ejemplo, del General MANSILLA. Pero es mucho más antiguo: el *Dicc. Histórico* de la Academia (acepción n^o 2) registra varios ejemplos, siempre en escritores de Indias, de LAS CASAS y el Inca GARCILASO acá. La voz es usada en toda la Argentina y muy particularmente en las provincias andinas, y aunque el chileno ROMÁN y el peruano ARONA no la registran y falta en MALARET, *Dicc. amer.*, ello no significa que no se emplee en el resto de América pues los diccionarios de americanismos suelen omitir los que ya registra la Academia. En todo caso en Cuba tiene entre otros el significado de 'abertura entre dos colinas' (MACÍAS). AVELLANEDA, para Catamarca oriental, y SEGOVIA sin precisión de lugar dan la acepción de 'campo entre dos bosques' y W. P. y S. W. BERMÚDEZ la registran en varios escritores modernos. Cf., en Tabasco, 'lugar descampado en medio del bosque' (SANTAMARÍA). La etimología, como es sabido, se encuentra en el fr. *havre*, salido a su vez del neerlandés *havene* (=alem. *Hafen*, ingl. *haven* 'puerto'). Sería un error buscarle un origen americano a causa del nombre de población *Abrapampa* (prov. Jujuy), de evidente formación indígena por el orden de los componentes. Eso indica sólo que *abra* como tantos otros hispanismos llegó a adquirir ciudadanía en el quichua local. Abundan los topónimos de condiciones parecidas, híbridos de castellano y quichua (*Burroyaco* en Tucumán 'agua del burro', *Palomayaco* en Santa María de Catamarca, el famoso *Barrancayaco* donde murió Facundo) y aun formados con dos elementos de etimología castellana (*Overopozo* 'pozo del overo' en el departamento de Burroyaco).

menos en el Norte, como sinónimo de peñasco o risco de las montañas ¹. ¿De dónde ha salido *tope* que muchos emplean aquí con el valor de 'cumbre' (*el tope de los Andes, el tope de una loma*)? El hallarlo en textos muy ingenuos me hace desechar la idea de un anglicismo americano reciente, que me asaltó al principio. No extrañaría en cambio que el punto de partida fuese el *tope* o extremo superior de los palos de un buque de vela ². *Restinga* es en Europa (port., cast., cat.) un bajío de piedras o arena en el fondo del mar, pero en el Brasil (*Dicc. práctico luso-brasileiro* de J. de Séguier) y en particular en Río Grande del Sur (Romaguera, Callage) ha tomado el valor de "orla de bosque ou matto nas baixadas, à beira de arroios ou sangas".

Se ha hecho notar muchas veces que *rancho* como nombre de vivienda no es exclusivamente americano, pues lo empleaban los escritores del Siglo de Oro hablando de las chozas y aduares de pastores, pescadores y vagabundos (gitanos, por ejemplo), pero dudo de que esa gente aparte dentro de la sociedad diera origen al rancho americano, teniendo en cuenta que *rancho* se llamaba también y se llama aún el lugar del barco donde se alojaban los pasajeros y los individuos de la dota-

¹ En este momento sólo puedo citar al escritor salteño contemporáneo Juan Carlos DÁVALOS, que habla de que "la sombra de los farallones se alargaba sobre el llano" y emplea la expresión "el inmenso farallón de tosca" con referencia a lo que más arriba ha calificado de "muralla de tosca que se eleva enorme más de 300 metros sobre el llano" ("La Nación", 22-IX-1940), pero recuerdo haber hallado este vocablo en otros textos y en nombres de lugar, de los que únicamente encuentro ahora el *Cerro Farillón* en el Dpto. Rinconada, Jujuy. Su fonetismo lo denuncia como de origen catalán, como tantas otras voces marinas (cf., mi artículo en el *Homenatge a Rubió i Lluch*, Barcelona 1936), y procede en definitiva del gr. φαλαγιών (pasando por el metatético *PHARALION) 'escollo', participio de presente activo de φαληριάζω, φαλαριάζω 'estar blanco de espuma'.

² Al encontrarlo en el escritor colombiano Germán ARCINIEGAS (*El tope de los Andes*, "La Nación", 4-VIII-1940) sospecha uno que se emplea en otros países de América. Pero no lo hallo en los diccionarios de americanismos a mi alcance.

ción ¹. Sea de ello lo que fuere, hay en todo caso nombres de objetos de las embarcaciones que en América son de uso terrestre general. La palabra *zuncho* empleada en España sólo en ciertas técnicas especiales, pero particularmente en la náutica, es aquí el nombre de toda abrazadera, por ejemplo la de un apero de labranza. *Mazamorra*, que hasta el descubrimiento de América sólo era el nombre de un comida de la gente de mar, acá se aplicó a las gachas de los indios (Henríquez Ureña, *El español en Santo Domingo*, pp. 42-43).

No faltan ejemplos en el terreno de lo inmaterial ni en el de los verbos. *Fletar* no es sólo alquilar una embarcación sino también una caballería ², y se pagan *fletes* por cualquier transporte terrestre. ¡Qué populares y extendidas son en este país metáforas como *rumbear* o *rumbo* aplicados a movimientos por tierra o a meros usos morales y figurados! A menudo se tiene incluso la impresión de que el que así escribe o habla no tiene conciencia de metáfora alguna. ¿Y quién sabe si hay que cargar a cuenta de lo mismo la generalización vulgar del verbo *botar* como equivalente de 'arrojar, lanzar, tirar, abandonar', pues aunque los españoles lo empleen en algún otro caso, para ellos *botar* es ante todo lanzar barcos al mar? Tampoco en el caso de *largar* las acepciones extra-náuticas, secundarias, son ajenas a España, pero en la Argentina han tomado incomparablemente más amplitud, y lo mismo diré del verbo *zafar* (*zafarse* 'faltar al respeto', *zafado* 'atrevido', Segovia). Si *arribar* no es sólo llegar por mar, *embarcar* es corriente para emprender un viaje terrestre: un mendocino embarca para Buenos Aires. Se *atraca* el auto a la vereda. Etcétera ³.

¹ Alguna vez alude a un alojamiento cualquiera, pero parece aplicación traslaticia:

En media hora lo hicimos noche; mas no tuve aquella en la posada, ni más puse pie de para sacar mi hacienda, y al punto alcé de *rancho*, fuíme a la primera que hallé (M. ALEMÁN, *G. de Alfarache*, II, 3, 2 = "Rivad.", III, 32b; el cual conoce también la acepción marina: II, 3, 9 = "Rivad.", III, 359b; otro ejemplo de ésta: *Lic. Vidriera*, ed. "La Lectura" 54)

² MALARET lo registra en este sentido también en Chile, Ecuador, Méjico y Puerto Rico.

³ Otros casos parecen de creación moderna: "Esta niña lo tiene *mareado*" (a su enamorado). De otros ignoro la extensión y el arraigo. De un muchacho que hacía bajar una cuba de gran tamaño por un

Adrede he elegido como ejemplos voces todas de indudable abolengo europeo. Otras hay, comunes también al lenguaje de la marinería y al uso regional americano, cuyo origen se ha buscado en las lenguas aborígenes, y en las que esto es seguro, por ejemplo *canoa*, claro está que no pueden citarse como prueba del influjo del vocabulario náutico sobre el habla americana, sino al revés. Pero éste es un caso raro. El origen indio, en cambio, resulta por lo menos dudoso en voces como *chicote*, *pio-la*, *garúa* y *sucucho*, y aun en alguna de ellas la procedencia europea es más probable¹. Véanse las adiciones, pp. 25-29.

Las condiciones históricas de la colonización americana se reflejan en muchos capítulos del léxico. Cuervo, *Apuntaciones*, § 679, explicó así muy atinadamente el valor que acá ha tomado *cuadra* como medida itineraria. Es ya un tópico hablar del gran influjo que en el carácter del argentino y en su habla

camino de montaña maniobrándola hábilmente escribe Víctor MONTAGNE, *Cuentos Cuyanos*, Buenos Aires 1926, p. 156, que “*ciaba* con vivacidad el gigantesco maderamen”. PUEYREDÓN en una carta a propósito de su elección para el Congreso de Tucumán (que mi colega Dr. J. C. RAFFO DE LA RETA se propone publicar) escribía, haciendo ver lo poco beneficioso que ello le resultaba personalmente, que le *encapillaran* el cargo de diputado a otro, es decir que se lo encajaran o encasquetaran. Ahora bien, *encapillar* es en su acepción más difundida ‘engancha un cabo a un penol de verga’. Escribe ROSAS a QUIROGA: “hablaremos, y Vd. me dirá para dónde debemos *enderesar la proa* o el caballo” (R. J. CÁRCANO, *Juan Facundo Quiroga*, ed. Roldán 1933, p. 145). Como me observa mi agudo colega, Dr. E. ÁNDERSON IMBERT, lo de *enderesar la proa* sorprende tanto en un hombre de pampa como ROSAS que parece como si lo hubiera dicho por hábito lingüístico y que, reaccionando en seguida con una sonrisa o un guiño, agregara *o el caballo*, más próximo a la realidad del gaucho.

¹ Véase lo que dice LENZ, *Dicc. Etim.*, sobre el primero y el último (s. v. *socucho*). En cuanto a *garúa*, LENZ ni siquiera lo registra, a pesar de ser de uso chileno (ROMÁN), circunstancia que junto con su empleo en Cuba me hace poner provisionalmente en duda la etimología quichua a que aluden vagamente GARZÓN, SEGOVIA y la Academia, y que LAFONE QUEVEDO declara con razón inverosímil a causa de la *g*-. *Piola* es mapuche según LENZ a pesar de ser de uso general en la Marina. Yo sospecho, con la Academia, que sea un duplicado de *pihuela*, cuya etimología latina indica el mismo LENZ (s. v. *pehual*); la *o* pudo salir del verbo *apiolar* o del diminutivo *piolín*, muy usados, y la voz mapuche será como tantas otras de origen castellano.

ha tenido el desarrollo pujante de la ganadería; me bastará recordar la vida y extensión que aquí tienen términos como *querencia* y *aquerenciado*; *campear*, que ya no es sólo buscar un animal perdido por el campo sino buscar en general; las varias acepciones que ha tomado *gaucho* como mero adjetivo ('hábil', 'valiente' y otras), *gauchada* 'favor', etc. Amado Alonso en *El Problema de la lengua en América* ha tratado de la trascendencia semántica de la equitación y de la cría, tan importante, del caballo (véase el excelente capítulo "Preferencias mentales en el habla del gaucho" y, para *chalán*, pp. 84 y 85, y piénsese en expresiones como *gaucho a pie* para 'hombre desorientado o sin recursos'). *Pechar* 'embestir a la res con el pecho del caballo' > 'empujar, en general'.

Menos divulgadas son las consecuencias lingüísticas que ha tenido para toda América el carácter militar de la colonización. Es éste un capítulo que habría que tratar aparte. Me limito por hoy a citar unos pocos ejemplos de voces que hoy parecen características de América y ajenas a España pero que en los siglos de la conquista eran allá típicas del habla de los soldados: es lo que ocurría con *campana* en el sentido de 'el campo, lo que no es la ciudad', que a muchos españoles les suena a galicismo (véase la cita de Montesinos, "Teatro antiguo español", IV, 209 ¹), y con *boleta*, que tampoco es italianismo reciente; y acaso tengan la misma explicación *paisano* para 'hombre del campo' y *boliche*, uno de cuyos ejemplos más antiguos será el que pone Calderón en boca de soldados en *El Alcalde de Zalamea*.

*

* *

He aquí pues por qué vías nos informa la Semántica del ambiente material en qué se han desenvuelto los pueblos. Pero obedeciendo los cambios de significado de las palabras de una lengua a procesos psíquicos de los hombres que la hablan, a la vista está que esos cambios pueden arrojar luz sobre las tendencias morales e intelectuales más difundidas en cada colectividad lingüística. Es más, un talento originalísimo,

¹ "Campo se usa llamar entre la gente de guerra el ejército; y lo que acá dezimos campos, llaman allá campana". Diego NÚÑEZ ALUA, *Diálogos de la vida del soldado*. Cf., en las adiciones, pp. 28 y 29.

Carlos Vossler, no vaciló en sacar consecuencias de esta clase, ya no de la evolución semántica de las palabras, sino de algo mucho más abstracto y a la vez más material: de las mudanzas experimentadas por la gramática en la historia de las lenguas. En su libro sobre la *Cultura y el Desarrollo de la Lengua en Francia*, estudiando la aparición del artículo partitivo (*du pain, des haricots*) en el francés de fines de la Edad Media, la atribuyó audazmente el lingüista alemán al gran desarrollo que en esta época toma en Francia el comercio, poniendo en relación la mayor exactitud que así adquiere la lengua en la expresión de los matices cuantitativos con el espíritu calculador del comerciante ¹.

Deducciones tan atrevidas han sido objeto de crítica general. Sin ponernos a averiguar ahora si lo resbaladizo de este terreno nos obliga a abandonar para siempre las deducciones a base de la gramática, contentémonos con afirmar que examinando los cambios en el sentido de las palabras, en especial si se trata de una evolución concorde de muchas, podemos llegar a conclusiones más seguras.

En griego toda una serie de vocablos relativos al sentimiento de belleza se emplean además con referencia a la bondad moral. Καλός, por ejemplo, que propiamente quiere decir 'hermoso', significa asimismo 'bueno'. ¿Cómo no relacionar este hecho con la actitud preferentemente estética que en todos tiempos se ha reconocido en el pueblo griego? ²

Pues es interesante notar que en castellano se produce precisamente el fenómeno contrario, y no en un caso aislado sino en varios ejemplos paralelos y repetidos. Un escritor de los más finos con que cuenta la presente generación intelectual

¹ *Frankreichs Kultur und Sprache*, p. 165.

² Es dudoso que el argentino *lindo* en el sentido de 'bueno' tenga algo que ver con eso. Puede ser arcaísmo más bien que innovación pues no hay que olvidar que hasta el siglo xv *lindo* (LEGITIMUS) sólo significaba 'castizo, noble, cabal', cf. pp. 175-181 de otro artículo mío de este mismo tomo. Es cierto que la evolución paralela de *feo* hacia 'malo', consumada igualmente en este país, sugiere que *lindo* 'bueno' procede igualmente de *lindo* 'bonito'. Pero es muy posible que la dualidad semántica de *feo* se haya creado secundariamente por imitación de la del antónimo *lindo*, preexistente y heredada de la Edad Media.

española, Francisco Ayala, llamaba la atención en un ensayo reciente ¹ sobre el deslizamiento que han experimentado en su sentido las dos expresiones más comunes con que a ambos lados del Atlántico se alude a la belleza corporal, a saber *guapo* en España y *buen mozo* en la Argentina, deslizamiento autónomo pero coincidente en última instancia. En los dos países la voz que expresa lo mismo en la lengua literaria, *bello*, es evitada cuidadosamente en la conversación y reemplazada, hablando de la belleza humana, por términos que en su origen significaban robustez y prestancia del cuerpo, que es lo que todavía indica *buen mozo* en España, o del cuerpo y del ánimo a un tiempo, como *guapo* en el uso antiguo general.

En España se observa pues una tendencia contraria a la de Grecia: los helenos aplicaban al alma lo propio del cuerpo; los españoles han trasladado a lo corpóreo lo que hacía referencia al alma. Lo común a argentinos y españoles ha sido la repugnancia en nombrar la belleza humana directamente, con el término que le estaba propiamente afectado, *bello*, lo que obligó en ambos casos a emplear expresiones indirectas. Eso es lo que acostumbra hacerse con las cualidades negativas, 'falsedad', 'necedad' y análogas: se recurre al eufemismo. Pero el eufemismo es sorprendente cuando se habla de un concepto elogioso como la belleza.

Para encontrar una explicación acude Ayala, con tanto acierto que no me puedo abstener de citar sus propias palabras, a "la persistente línea eticista que domina nuestra cultura, en la que todos los valores han sido subordinados siempre, y con frecuencia ahogados, bajo los valores relativos a la conducta, y en la que se ha vinculado en ésta la suprema dignidad de la vida y del ser humano. Quizás dentro del régimen eticista de nuestra cultura haya podido sentirse como una degradación el elogio hecho a un ser humano por una calidad tan independiente de las potencias activas del alma, tan ajena a su conducta como es la armónica disposición de su figura y de sus facciones, y por eso se ha buscado la manera de

¹ *Divagación sobre palabras*, en "La Nación", 1-IX-1940. Hay que esperar que un artículo tan meditado no quede perdido en las columnas de un diario.

mencionar la belleza de la persona humana involucrada en un complejo expresivo donde también se encuentren incluidos factores psíquicos”.

Sólo así se comprende, añadido ahora yo, la constante repetición del fenómeno en todas las edades de la lengua, pues los demás adjetivos castellanos pertenecientes a la esfera estética provienen asimismo del mundo moral; *bonito* y *bello*, de acuerdo con su etimología, eran diminutivos de *bueno*, *lindo* era sinónimo de *legítimo*, y aun el mismo *hermoso* tampoco era la denominación objetiva de lo que hoy expresa puesto que FORMOSUS sólo era lo contrario de *deforme* o *informe*.

*
* *

La lectura del ensayo de Ayala me proporcionó la satisfacción que siempre nos da nuestra coincidencia con el pensamiento de mentalidades notables. Él me recordaba en efecto una vieja tesis mía, inédita hasta ahora, con cuya exposición voy a terminar este estudio. La lengua castellana presenta hechos que confirman la conciencia que los que la hablan tienen de un rasgo moral prominente de los pueblos hispánicos; me refiero a la valentía, al temperamento animoso, de que, según el universal consenso, tanto abundan. No necesito aducir autoridades extranjeras para probarlo. Me sería fácil hallarlas de los escritores romanos acá. Mas para justificar unos cambios semánticos producidos en la conciencia de los hispanohablantes son preferibles los textos que demuestren la conciencia que nuestros pueblos tienen de poseer ellos propios tan noble cualidad. Tales textos abundan en sus literaturas. Ya Hernando del Pulgar decía en *Los Claros varones de España*, hablando de Rodrigo de Narváez:

Fuí informado que el capitán francés o el italiano tenía entonces por muy fornecida la escuadra de su gente, cuando podía auer en ella algunos caualleros castellanos, porque conocía dellos tener esfuerço e constancia en los peligros más que los de otras naciones. Ví también guerras en Castilla, e durar algunos tiempos, pero no ví que viniesen a ella guerreros de otras partes: porque así como ninguno piensa llevar fierro a la tierra de Vizcaya, donde ello nasce, bien así los estranjeros reputauan a mal seso venir

a mostrar su valentía a la tierra de Castilla, dó saben que hay tanta abundancia de fuerças y esfuerço en los varones della, que la suya será poco estimada (ed. "Clásicos Castellanos", La Lectura, p. 116)

En la historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa se lee con referencia al mismo personaje:

Hizo cosas de mucho esfuerzo... sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece que cuanto se puede hacer es poco: no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba a morir una vez en toda la vida, le hacían en sus escritos inmortal, y le trasladaban a las estrellas ("Rivad.", III, 507)

Cervantes en su novela ejemplar de la Señora Cornelia presenta a un caballero particular florentino a quien el Duque de Ferrara ha raptado una hermana. Decidido a rescatarla de manos del poderoso personaje y a lavar su manchado honor, Lorenzo no requiere para empresa tan arriesgada el auxilio de sus numerosos amigos compatriotas sino el de dos españoles desconocidos a quienes topa casualmente, y no invoca otra razón al pedirselo que la de ser españoles y por lo tanto esforzados.

En Lope de Vega abundan los textos alusivos al valor español¹; me bastará aducir dos. En *El Alcaide de Madrid*, al hablar de la superioridad militar de los cristianos españoles sobre los moros, la atribuye no a la diferencia de religión, lo que estaría muy en consonancia con el espíritu de la época, sino explícitamente al origen africano de los últimos:

¹ Sin embargo no creo que tengan nada que hacer aquí los versos

Entre todas las naciones
tiene el español *valor*
fundado todo su honor
en ajenas opiniones

de "Porfiar hasta morir" ("Rivad.", XL, 110a), pues si bien se encuentra en LOPE la acepción de *valor* como 'valentía' (*El Marqués de las Navas*, estrofa agregada al manuscrito en el verso 1846, "Teatro antiguo español", VI, 89), el contexto de aquel pasaje, relativo al honor, demuestra que se trata del sentido más propiamente lopesco que estudió MONTESINOS en el tomo IV de la misma colección, p. 198.

Fernando ...No es en vano
decir que cristiano es,
que el cristiano es más valiente
que el moro.

Celima ¿Por qué razón,
pues sabes tú que no soy
de otro clima diferente?
Si Vargas nació en Madrid,
el rey, mi padre, en Toledo.

Fernando Sí, pero asombralle puedo
con que es reliquia del Cid.

Celima Y este otro, ¿no es de Almanzor?

Fernando Del fin del África viene...

(Obras de Lope de Vega, publ. p. la R. Acad. Esp., nueva ed., I, 552a)

En *El Marqués de las Navas*, del protagonista, puesto en un lugar de peligro, se dice que reúne la paciencia del alemán con el heroísmo de su nación:

Yd con Dios, que en este puesto
estaré como español,
sufiré como tudesco

(v. 1579, "Teatro antiguo español", VI, 73)

Lo frecuente de tales empleos haría que en Lope la palabra *español* acabara por hacerse apelativo y tomar el significado de 'valiente'. Aunque los especialistas no parecen haberse dado cuenta de ello, al extremo de que Montesinos interpreta como meros ripios dos de los ejemplos que yo explicaría así (*La Corona merecida*, v. 2282, y *Por la puente, Juana*, "Rivad.", xxxiv, 552a, véase "Teatro Antiguo Esp.", tomo v), no creo que pueda caber duda de la realidad de tal cambio semántico en vista de los dos textos siguientes, el primero de los cuales resultaría de otro modo nada menos que absurdo:

No verás encina y roble,
sierra ni peñasco fiero,
que de Pedro Carbonero
no tienble, con ser inmoble.
Las abes, antes que el sol
o sus rayos las enrrizen,
"Pedro Carbonero, dizen,
el cordobés español"

(*El Cordobés valeroso Pedro Carbonero*, v. 1598, "Teatro antiguo español", VII, 80)

La reina Leonor, extranjera de nacimiento, obligada a presenciar la entrada de su rival, D^a. Sol, en la corte, se impacienta y se entristece. Elvira, su dama de compañía, la anima:

Leonor ¡Ay consejos vanos!
¿Esto tengo de sufrir?

Elvira Señora, haz pecho español.

(*La corona merecida*, "Teatro antiguo esp.", v, 80, v. 1976) ¹

Si tan buen concepto tiene de su propio coraje el elemento civil, ¿cuál no será el que se formen de él los soldados! Y sin embargo, detalle interesante, en la enumeración que da Calderón de las virtudes militares en la pieza *Para vencer amor querer vencerle*, no figura para nada el valor personal.

Aquí —o sea en el ejército— la cortesía,
el buen trato, la verdad,
la fineza, la lealtad,
el honor, la bizarría,
el crédito, la opinión,
la constancia, la paciencia,
la humildad y la obediencia,
fama, honor y vida son
caudal de pobres soldados;
que en buena y mala fortuna,
la milicia no es más que una
religión de hombres honrados

("Rivad.", XII, 169c)

La razón de este silencio ya se adivina: "el valor se le supone" a todo militar, según la frase consagrada; el poeta experimenta como un sentimiento de pudor que le impide exigir explícitamente a su héroe esta cualidad, a la que a lo más

¹ Citar todos los pasajes de LOPE que están llenos de este sentimiento del valor español sería no acabar nunca. Vea el que quiera convencerse de ello la larguísima enumeración de textos lopescos relativos al carácter de los españoles en la edición de *El Brasil restituído* por Gino de SOLENNI (Nueva York, Instituto de las Españas, 1929), pp. LXIX - CXXIX, cuya mayor parte la constituyen los que ponderan su valor, y en especial véanse los trozos de las pp. XCIII-C, CIX-CXII y CXXXV - CXXXVI. En su exaltación llega el poeta a exclamar: "¿Pues hay hombres sino españoles?" (ed. Acad., XI, 466a).

apunta vagamente con el término *bizarria*, que también puede significar otras cosas.

Un sentimiento de pudor análogo ha hecho sin duda que se empleen en castellano tan gran cantidad de vocablos que sin significar muchos de ellos de por sí lo mismo que *valiente* han venido a ser sinónimos suyos: *valeroso, esforzado, guapo, animoso, arrojado, impávido, arriscado, bravo; alentado, bizarro, denodado, intrépido, atrevido, osado, ardido, audaz, corajudo*, sin contar los anticuados *estrenuo, caboso, barragán...*, ni otros que ya tienen matices netamente distintos pero aún emparentados, como *temerario* o *gallardo*¹.

Semejante plétora tiene además otra explicación. No siempre la valentía es presentada positivamente; con frecuencia su expresión es de signo negativo. Antes de decir a una persona

¹ A los sustantivos abstractos correspondientes, *gallardía, temeridad, valor, esfuerzo*, etc., habría que agregar uno curioso, sin parentela en el campo de los adjetivos, que muestra hasta qué punto la lengua tendía a engrosar la falange de los vocablos relativos al valor con materiales procedentes de las esferas semánticas más variadas y más alejadas. *Avilantez* no viene, como podría creerse, del verbo *avilantarse* y éste del adjetivo *vil* con la formación del tipo de *soliviantar* y *aposentar*, pues aparte de que sería extraordinario un abstracto en *-ez* sacado de un verbo y no de un adjetivo, el verbo *avilantarse*, como demostró CUERVO en su *Dicc. de Constr. y Régimen*, es una creación modernísima a base de *avilantez*. En cuanto a éste, acordémonos de que *avilanteza* en documentos del siglo XVI procedentes de la Cancillería Real tiene todavía el valor de 'oportunidad': "Habéis de procurar ... en lo de los pueblos... que los hagáis en parte... que os podáis aprovechar...; y porque desde acá no se os puede dar regla... sino la experiencia de las cosas que de allá sucedieren os han de dar la *avilanteza* y aviso de cómo y cuándo se ha de hacer, solamente se os puede decir..." (doc. de 1521 transcrito por FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Viajes por la Costa de Paria*, ed. "Los grandes viajes", p. 190). Los ejemplos 2º y 4º de *avilantez* y los 1º y 2º de *avilanteza* en el *Dicc. Hist.* de la Academia pueden interpretarse de igual modo. No hay duda pues de que, con el *avilanteza* de otros textos (M. LUJÁN DE SAYAVEDRA, *G. de Alfarache*, "Rivad.", III, 379b, y véase *Dicc. Hist. Acad.* s.v. *avinanteza, avilanteza, avenenteza*), proviene del cat. *avinentesa* 'oportunidad', derivado de *avinent* ADVENIENTEM. La forma que ha predominado en castellano (MARIANA y otros emplearon también *avilenteza*), además de la disimilación de la primera *n* en *l*, presenta rastros de la pronunciación catalana oriental, en la que *e* pretónica = *a*.

que le falta valor, por temor a ofenderla emplearemos eufemismos, y otro tanto haremos cuando la exhortemos a tenerlo, puesto que la necesidad de una exhortación indica ya que antes no lo tenía. Ésta es la razón por que el castellano es entre todas las lenguas romances la única que ha cambiado la palabra que significa 'atreverse'. El vocablo empleado en este sentido por el latín vulgar, AUSARE, se ha conservado en todas las lenguas hermanas sin rival ¹: it. *osare*, fr. *oser*, prov. *ausa*, cat. *gosar*, etc. Sólo en castellano *osar* se ha convertido en una palabra rara, casi podría decir arqueológica. Es violento para nuestro carácter nacional tener que confesar que no nos atrevemos a hacer algo. Ahora bien, hechos lingüísticos de otros países demuestran que el verbo *atreverse* se emplea mucho más en negaciones que en afirmaciones ²; lo cual por lo demás ya se comprende en sí: hay muchas más ocasiones de decir *no me atrevo* que *me atrevo a hacer algo*, porque en este último caso ya no decimos que nos atrevemos sino que lo hacemos sin decirlo. Pero antes que decir *no me atrevo*, para no parecer cobardes preferimos salir del paso con un *no me decido*, *no me gusta*, o cosas parecidas. He aquí por qué el castellano ha arrinconado el viejo verbo *osar* y ha dado su valor a una voz que significaba etimológicamente otra cosa. *Atreverse a hacer algo* era propiamente 'atribuirse, asignarse, reservarse su ejecución' ³, como que *atreverse* viene del latino TRIBUERE.

¹ Sólo hay que exceptuar el portugués y el catalán, y aun con respecto a este último conviene advertir que si bien *atrevir-se* allí es ya antiguo (*Crónica de Jaime I*), el descendiente de AUSARE sigue siendo aun hoy el vocablo más popular y más usado.

² En el dialecto provenzal del Queyrás y en varios dialectos franceses el empleo tan frecuente con NON ha determinado la aglutinación de la -N final de este adverbio al cuerpo del verbo: *nouzar* 'atreverse'. En todas las regiones donde AUSARE es de uso popular y en las que NON ha perdido su -N final, el hiato entre la o de *no* y la vocal inicial del verbo se ha resuelto con la intercalación de una consonante, y esta forma resultante del encuentro con *no* se ha hecho luego general: cat. *gosar*, gascón y languedociano *gausá*, lombardo *volsá*. Véase para todo esto mi nota en la revista de Zürich "Vox Romanica", II, 161.

³ Nótese que *atreverse* era antiguamente transitivo, como TRIBUERE ("atreverse hacer algo", véanse abundantes testimonios en el *Dicc. de Constr. y Régimen* de CUERVO). El puente entre el significado latino

Lo curioso es que el fenómeno se está repitiendo bajo nuestros ojos. El verbo intruso *atreverse*, que, sin significar originariamente 'osar', acabó por ser la expresión propia de este concepto, está siendo desbancado a su vez por otros y por las mismas razones. Américo Castro observa que en Andalucía se da al verbo *determinarse* el valor de 'atreverse', y en efecto me acuerdo de haber oído decir a muchos andaluces del pueblo *no me atermino* aludiendo en realidad no a falta de decisión sino a falta de valor; igual en la prov. de Salamanca (*R. F. E.*, xv, 258) ¹.

En cuanto a la Argentina, para el pueblo de aquí *atreverse* es una palabra moribunda; qué poco se emplea ya, a no ser en el participio *atrevido* que, como adjetivo que es, se ha hecho ya independiente del verbo. En realidad lo único que emplea el vulgo es *animarse*, que ya no indica animación, distracción o viveza de ánimo: *no me animo* quiere decir sencillamente 'no me atrevo'; la prueba es que se llega a decir *no me le animo*, es decir 'no me atrevo con él' ².

y el castellano actual puede haberlo formado el de 'confiar' que no es raro en castellano antiguo: "Se la quisieron tomar (la enmienda) por sí mismos, *atreviéndose* más en su osadía o en su poder que no en la justicia", *Partidas*; y véanse en dicho diccionario otros ejemplos, otro de las *Partidas*, el de *Alexandre* 1895, el de *Cid* 567, así como los del *Dicc. Histórico* de la Academia, nº 6. El proceso sería éste: TRIBUERE SIBI 'atribuirse (la capacidad de hacer algo)' > 'confiar en sí mismo' > 'atreverse'.

¹ El murciano Ginés PÉREZ DE HITA ya casi había llegado a ello:

Los mal intencionados Zegríes ...estuvieron casi determinados de romper con su contrario bando, y procurar dar muerte a los extranjeros vencedores; y no *se determinaron* por entonces, porque de allí adelante hubo entre ellos bandos y pasiones (*Guerras Civiles de Granada*, "Rivad.", III, 574a).

² No escasean los textos antiguos donde el sentido de *animarse* frisa ya en el de 'atreverse', y aun acaso es idéntico:

El ímpetu de la juventud es tanto, que podemos verdaderamente compararlo con el rayo, pues nunca *se anima* contra cosas frágiles, mansas y domésticas, antes de ordinario aspira siempre y acomete a las mayores dificultades y sinrazones (M. ALEMÁN, *G. de Alfarache*, II, 1, 5º "Rivad.", III, 275a).

En solo hacer mal y hurtar fuí dichoso; para solo esto tuve fortuna; para ser desdichado venturoso. Esta es traza

Este concepto exaltado del valor personal, responsable de tales cambios en el material léxico, es en efecto tan argentino como español, como que es inherente a todos los pueblos de nuestra lengua. ¿Es necesario citar como prueba textos de la Literatura argentina? En la memoria de todos están el poema de José Hernández, las obras de Estanislao del Campo, el Facundo de Sarmiento y otros tantos en los que el tema del coraje borda como un leitmotiv constante debajo de las peripecias de la narración. Todos ellos presuponen el sentido popular de la valentía como signo distintivo de la argentinidad. El nombre del gaucho, que en ciertos ambientes se toma como la quintaesencia de lo argentino, en esos mismos ambientes se convierte a menudo en la expresión objetiva del concepto de 'valiente':

—Hoy ya subió un potrillo; iba descolgándosele por la paleta, que no le quería bajar el rebenque. Es de los que mueren matando. —Güen muchacho! —dijo el viejo con los ojos risueños de simpatía—. Tomá un mate dulce por gaucho. (R. GÜIRALDES, *D. Segundo Sombra*, cap. VIII).

Por más gaucho que yo sea —dice un Rey— de qué me sirve el valor, si a ése no le ofienden balas ni sablazos? (J. DRAGHI LUCERO, *Las Mil y una noches argentinas*, p. 25).

En fin, ¿qué se hace sino dar expresión a este mismo con-

del pecado: favorecer en sus consejos, ayudar a sus valedores, para que con aquel calor *se animen* a mas graves delitos, y cuando los ve subidos en la cumbre, de allí los despeña (Id. II, 3, 4 = "Rivad.", III, 336a).

Véanse además varios ejemplos en CUERVO, *Dicc. de Constr. y Régimen* (los de SAAVEDRA FAJARDO, "Rivad.", XXV, 132 y 202, F. DE LA TORRE 2, oda 4 (49), TIRSO, "Rivad.", v, 543 y Fr. Luis de LEÓN, "Rivad.", XXVII, 225). Y aun se encuentra *animar* con el valor poco común del *atrever* transitivo:

Busca remedio, quítate de enimas
si es hechizo el amor, rayo o saeta,
si a tal empresa el corazón animas,
cuál ocasión, dí, siendo rey, te altera?

(LOPE, "El Molino", "Rivad.", XXIV, 26a).

cepto cuando a la vista de una acción valerosa alguien, con frase popular, exclama "éste se portó como un criollo"? ¹.

Adiciones

Los ejemplos de vocabulario marítimo aplicados a Tierra Firme podrían aumentarse muchísimo con facilidad. He aquí algunos que me parecen sugestivos.

Tajamar, el tablón aplicado a la proa de la nave, que sirve para hender el agua cuando el buque marcha, ha venido a significar malecón o muralla para defender de las aguas de un río. En Santiago de Chile existe el *tajamar* del Mapocho y en Mendoza ha habido el *tajamar* de la Alameda, convertido hoy en nombre del zanjón que pasa por allí.

Estero, que en España sólo tiene aplicación a la costa del Océano, ya que es el terreno anegadizo a orillas de una ría que se inunda en la pleamar, en América se ha extendido igualmente a los ríos del Interior. En la Argentina es un paraje pantanoso junto a los ríos, arroyos o lagunas (Garzón). Añadiré que esta acepción es particularmente vivaz en Entre Ríos (Emilio Berisso, *Los Esteros*, Buenos Aires, 1928). En la región andina el concepto ha dado un paso más en su transformación, puesto que el *Estero de Zonda* en San Juan, es ya el riachuelo mismo, lo que se explica porque tiene tendencia a obstruirse e inundar las márgenes; y finalmente, en Chile, *estero* ha llegado a ser la expresión normal de la noción de arroyo o riachuelo cualquiera, como puede verse, en centenares de ejemplos, por la carta de Estado Mayor del país vecino al 1 : 100.000.

Enseñada, según Lafone, es en Catamarca un lugar cercado para meter las vacas preñadas, cuando ya están por parir, con el objeto de librarlas del pico del cóndor. Pero en otros lugares se aplica también a otros animales, como se ve en un pa-

¹ Una contraprueba podría hallarse en el gran lujo de sinónimos de 'cobarde' que ha desarrollado el habla popular argentina: *blando*, *flojo*, *morao*, *mulita*, *maula* (frecuente en este sentido en ASCASUBI y otros, según me informa amablemente el Dr. TISCORNIA), etc. Esto, junto con los eufemismos populares para no decir 'huir', como *ahuecar* y parecidos, forma un tema que habría que estudiar aparte y para todo el castellano.

saje del cuentista argentino O. Baliero ("La Nación", 18-II-40) :

Es rancho de un indio mediero de ovejas, donde hay una *ensenadita* con buen pasto para caballos

Con respecto a *farellón* puedo agregar que, con esta forma y en la acepción de 'peñón en la sierra', el vocablo está abundantemente representado en la toponimia chilena (basta recordar *Los Farellones*, cancha de esquí al NE. de Santiago) y es vivo como apelativo en la cordillera de Luján de Cuyo: en la Estancia del Salto he oído *fareyón* y *fariyón*.

Como término topográfico, *placer* nada tiene de común con el verbo homónimo, ni en el significado, puesto que es un paraje llano y extenso del fondo del mar, ni en cuanto a la etimología: tratase de un préstamo catalán derivado de *plaça* (plaza) con el sufijo equivalente al cast. *-ero*¹. En la Argentina y en Chile, según palabras de Segovia, son *placeros* los terrenos de aluvión que contienen sustancias metalíferas. La nueva aplicación tendrá como base la otra acepción 'pesquería de perlas', que la Academia registra como americana, y en definitiva la circunstancia de que los *placers* del Mediterráneo son conocidos como parajes de pesca abundante, por ejemplo *La Planassa* y *la Melica* frente a la Costa de Levante catalana.

No es éste el único caso de un término marítimo adoptado por la minería americana. Dice Vicuña Cifuentes (*Mitos y supersticiones*, p. 336) citándolo de Latcham, que en las provincias chilenas de Coquimbo y Atacama "creen los mineros que en vísperas de un alcance o *bonanza* en una mina, se oye trabajar a los *Huecúes* [ser mítico, especie de duende]". No sé que los lexicógrafos chilenos hayan recogido esta acepción de *bonanza*, pero sí la de su sinónimo *alcance*, que es, según Román, el "mejoramiento de una mina que, perdida la buena veta, vuelve a dar con ella".

Aunque otros usos figurados de nuestro vocablo, en que equivale aproximadamente a 'prosperidad', nada tienen de específicamente americanos, es oportuno citar éste aquí por lo ori-

¹ Existe además la variante *placel*, con el mismo cambio de terminación que experimentaron tantas palabras de origen galo-románico o catalán, como *laurel*, *broquel*, *plantel*, *furriel*, *cuartel*, etc. Claro está que anda desencaminada la Academia al derivarla de PLATEOLA.

ginal del lenguaje minero de Chile, lleno de antiguallas y de acentuado sabor criollo. Lo que nos lleva a recordar que si, para todo español, *derrotero* es expresión exclusiva de la gente de mar, para el pueblo chileno es, además, la noticia conservada por tradición que indica el rumbo que debe seguirse para encontrar un "entierro" o tesoro (Vicuña, op. cit., p. 15), y el mismo término se emplea de este lado de los Andes con referencia al tesoro mismo (Mendoza).

Pasando al terreno verbal, anotaré el chileno *varado* 'persona que no tiene ocupación fija' que encuentro en Malaret, 'estacado, sin moverse' en Guzmán Maturana (*Cuentos*, Glosario); es expresión bien comprensible, pues tanto el hombre como el buque varados se hallan en inacción forzosa. A lo dicho sobre *zafar* puede agregarse chil. y ecuat. *zafarse*, 'irse, dislocarse' (Román, Cornejo), cf.:

Las espuelas... llevábanse... con la alzaprima suficientemente floja como para que *zafasen* del pie y quedasen pendientes más o menos perpendiculares al suelo.

(J. P. SÁENZ, *Equitación gaucha de la Mesopotamia argentina*, "La Prensa", 30-VI-40)

y, con valor preposicional: Santo Domingo *zafante*, San Luis (Argentina) *zafo*, ambos equivalentes de 'excepto' (P. Henríquez Ureña, "Bibl. Dial. Hisp.-Am.", v, 185). En general para todo el capítulo que tratamos debe verse el excelente libro citado, pp. 222-4. En cuanto a *atracarse*, es 'acercarse a otro' (Bayo, Román; Carrizo, *Canc. Tucumán*, II, 493), de donde *atracarse a pelear* en Cuba y S. Domingo (H. Ureña, o. c., p. 223), 'adherirse (a una opinión)' (Román, Arona) y, por otra parte, 'experimentar un entorpecimiento de la lengua al hablar' (Arona). Finalmente hay que citar la locución *con lo encapillado* en el sentido de 'con la ropa puesta' (Román; Guzmán Maturana, Glosario a los *Cuentos tradicionales en Chile*), que no será exclusivamente chileno si hay que hacer caso de la Academia.

Terminaré esta parte con unas observaciones al problema particularmente interesante del argentino *playa*, *playo*. Se podría pensar, en cuanto a su aplicación que pudiéramos llamar orográfica, en atribuirle antecedentes europeos, puesto que el étimo gr. τὰ πλάγια es, en general, 'los lados, los flancos', de donde se pasó a 'la costa' pero también pudo llegarse a 'lade-

ra de montaña'. De hecho esto significan el it. *piaggia* (Rigutini-Fanfani), el véneto-friulano *piai* y el veglioto *plui*; el latín balcánico debió conocer acepciones aun más acercadas a las argentinas puesto que en el serbo-croato de Dalmacia hallamos *plâg* 'pequeña llanura bajo las montañas' y en rumano, *plaiu* 'meseta' y 'suelo' (Skok, *Z. R. Ph.*, XLI, 152, y *R. E. W.* ³, 6594) ¹. Pero no habiendo testimonios de este significado terrestre en el romance occidental europeo, y ni siquiera en América fuera de la Argentina ², valdrá más creer en una coincidencia moderna y casual. Seguramente habrá que partir de pasajes como el siguiente, en que ya parece apuntar el significado argentino:

Abenhumeya... ordenó... de cercar a Vera y... tomarla ...atento que... si el socorro de Argel o de Fez viniese tuviessen... a donde poder desembarcar... porque aunque la mar de Vera es *playa*, tiene muy buenos desembarcaderos muy cerca, como son el puerto de las Aguilas... y otras colas [léase *calas*] grandes y seguras

(PÉREZ DE HITA, II, cap. XIII, ed. Blanchard, p. 136)

Aquí se trata del desembarco de un ejército, para el cual es preferible un puerto en una costa acantilada a una playa o litoral de aguas someras. Al principio se diría "la costa es [una] playa", pero luego *playa* se interpretaría como adjetivo en "la costa es *playa*", como sinónimo de 'plana, no accidentada', y de ahí saldrían los usos argentinos, los adjetivos y los sustantivos.

Para *campaña* 'campo', que es general americano (Román, Malaret), hay que tener en cuenta, además de los pasajes clásicos que cita Román en el suplemento, Cervantes, *El amante liberal*, ed. H. Ureña, p. 98; *Quijote*, ed. "La Lectura" VIII 308;

¹ En cuanto al cast. *explayar*, debe tenerse en cuenta el it. *piaggiare* "secondare con parole lusinghevoli l'altrui opinione ad effetto di venire cautamente... a fine del proprio pensiero". En vez del *PLACIDIARE de NIGRA (*Z. R. Ph.*, XXVIII, 646), prefiero partir de la idea del desembarco fácil en una *playa*. V., además, nota en el índice, s. v. *playa*.

² El riograndense *praia* "a cancha na xarqueada onde é esartejada a rez" (CALLAGE) y el *desplaye* o *desplayo* 'descampado' que ROMÁN atribuye sólo a "algunos chilenos"; proceden evidentemente de la Argentina. El dominicano *playazo* 'caída a todo lo largo del cuerpo' (HENRÍQUEZ UREÑA, op. cit., 186) tiene que ser independiente, pero está demasiado aislado para que se pueda sacar de él ninguna conclusión.

Ruiz de Alarcón, *La Verdad Sospechosa*, ed. íd., 104; y sobre todo éste, que confirma el carácter militar:

Hizo el campo [=ejército] en la *campana*
alto en esta noche fría

(PÉREZ DE HITA, op. cit., II, cap. VIII, p. 85)

En *ranch* es posible que hayan confluído las dos corrientes lexicales que he señalado, la náutica y la militar, pues *ranch* se llamaba también la guarida del soldado en campaña:

le dixo... si le quedava alguna cosa de las ropas de aquella Mora. "No me queda más — dixo el soldado — de las arracadas y una sortija... no resta más de venir conmigo a mi *ranch* y verlas, y si contentan, pagarlas y llevarlas"

(PÉREZ DE HITA, op. cit., II, cap. XXIV, p. 332)

JUAN COROMINAS.